

PROGRESOS DE LA ANARQUÍA ¹.

Cuando á vista del triunfo y de la prepotencia de la revolucion, nuestro partido se constituyó en el deber de protestar con alta y solemne voz contra el desbordamiento de la anarquía, considerándola con razon como consecuencia única del último trastorno político, todavía algunas almas neciamente cándidas, ó perversamente hipócritas, tachaban de infundados tan justos recelos, y de afectadas exageraciones los tristes pronósticos de la calamidad que nos amenazaba. Ciegos y deslumbrados los que así pensaban por su insensato triunfo, no consentían en turbar la efímera alegría de su victoria, con la contemplacion de sus positivos desastrosos resultados.

Ignorantes los unos de las lecciones de la Historia; incapaces los otros de los escarmientos de la experiencia; ya indiferentes á los males de la Patria, siempre que los sucesos redundasen en su inmediato provecho; ya demasiado presumidos de su prestigio y poder; ora creían que las olas de la revolucion tenían un señalado término, como el que Dios puso á los furios del Océano; ora pensaban que los vientos de tempestad, que habían soltado contra sus adversarios, no podrían jamás volverse

¹ De *El Conservador*, número 5.

contra ellos; ora confiaban en que podrían siempre á su albedrío hacer retroceder el desatado torrente, toda vez que pasara la raya del cáuce que arrogantemente presuntuosos le habían trazado. Con esta presuncion querían contestar á los tristes vaticinios del partido conservador: con ilusion semejante acaso querían algunos acallar el grito de su propio remordimiento. Ellos nos aseguraban, ellos pretendían persuadirnos, y con nosotros á la Nacion entera, que si bien podían haber coincidido con los últimos trastornos algunos hechos de desórden, como inevitables é inmediatos síntomas de aquella perturbacion política, estos síntomas pasajeros desaparecerían, una vez convertido en situacion estable aquel breve periodo de transicion, y que la anarquía, de que tanto recelábamos, iría poco á poco calmándose, transformándose en órden y obediencia ante la fuerza y seguridad del poder que de las entrañas de la revolucion había salido.

¡Vana, engañosa, ridícula, absurda ó hipócrita esperanza! ¡Vana y ciega ilusion, desmentida por una larga série de previstos y deplorables hechos! La anarquía no debía, no podía calmarse: la anarquía no podía, no debía ceder ante el poder de la revolucion. La anarquía y este poder eran hermanos: debían crecer juntos. Juntos han crecido: hermanados é inseparables viven: juntos tambien—por dicha—han de desaparecer y morir.

No. No pasó la anarquía de Setiembre con el establecimiento de la Regencia provisional. No pasaron los desafueros revolucionarios con la material cesacion de las Juntas, y su virtual canonizacion y recompensas. No pasaron los deplorables resultados de una administracion fraccionaria y excéntrica con el nombramiento de autoridades sin poder. No se domeñó el imperio tiránico de las

pasiones locales, confiriendo la ejecución de la ley á los caudillos del desorden. La anarquía siguió impávida, triunfante, consentida, respetada, ya sufrida como necesidad, ya empleada como medio; nunca combatida como resultado, nunca siquiera vituperada como peligroso ejemplo.

La anarquía triunfó en las elecciones municipales en Noviembre: la anarquía convirtió en un desierto el recinto electoral en Enero. Palencia, Córdoba, Alicante, Pontevedra, Vejer, Conil, Jerez, Badajoz, Talavera, Valencia, otros mil pueblos y populosas capitales, presa fueron y teatro de la más repugnante y asquerosa anarquía.

El nombramiento de Regente único no varió la situación: el nuevo Ministerio no apareció ménos débil que el anterior Ministerio-Regencia. Donde quiera que una corporación municipal se negaba al cumplimiento de un orden, allí el orden era desobedecido: donde quiera que una apasionada ojeriza rechazaba el nombramiento de una autoridad, allí era revocado el nombramiento: donde quiera que un puñado de revoltosos, confiados en la impunidad, alzaban el grito contra la fuerza de la ley ó contra la seguridad del ciudadano, allí los despreciables perturbadores eran condecorados con el título de *indomables*. Por último, ahora, recientemente, la anarquía ha revestido una forma más peligrosa y más alarmante, y en Valencia una corporación entera de fuerza armada acaba de desconocer la autoridad del jefe superior militar, la autoridad de la ordenanza general del ejército, la autoridad, en fin, del solemne pacto á que se debe la terminación de la guerra civil, y de proclamar en alta voz que la fuerza de la ley, que la fuerza del Gobierno, que la santidad de la fé jurada y prometida, todo debe ceder

ante la violencia de las pasiones facciosas, ante el soberano fuero de la anarquía.

En nuestra crónica anterior hemos ya dado cuenta de estos hechos escandalosos, que la prensa diaria ha presentado también en toda su repugnante deformidad. Dolorosa ha sido la impresión que han excitado; dolorosa, ciertamente, la que nosotros hemos sentido. Pero este dolor no ha sido sorpresa, no. Escenas como estas, las aguardábamos siempre; y más terribles, y más repugnantes, y más deformes las esperamos todavía, por muy tristes y deplorables que las actuales nos parezcan. Porque ellas son los fenómenos naturales de la situación, las rigurosas consecuencias del sistema de gobierno, que rige á la sociedad.

Sistema de progreso se ha intitulado. De progreso han atrevido á llamarse los hombres más estacionarios, los representantes de las doctrinas más aferradamente surtas en medio de la rápida corriente del siglo. De progresistas blasonan los que creen que el espíritu humano había llegado en 1812 á la mayor altura de saber y de inteligencia política. Y tienen razón. Todas las cosas se corrompen y pervierten cuando no se mueven ni adelantan. El progreso es una ley general, moral y física: no están exentos de ella nuestros revolucionarios, ni su sistema. Su progreso es el que hemos puesto por título á nuestras observaciones: el progreso de la anarquía.

Y hay todavía, sin embargo, quien pretende disculpar tamaños atentados, presentarlos tan insignificantes, cuanto exagerados nuestros recelos, y abultados los peligros que contempla en ellos nuestra fantasía, á juicio de algunos, asombradiza. Hay más. Hay quien entregándose al triste consuelo, que del mal ajeno puede haber

al desgraciado, no halla otro medio de justificarse y de disculparlos, que comparándolos con los graves desórdenes ocurridos también, no há muchos días, en muchas poblaciones, y en la capital misma de una Nación más ilustrada, y, según nuestros principios, mejor administrada y regida.

Triste recurso es, á la verdad, apelar á tan pobre medio de defensa, y buscar alivio en tan absurdo consuelo. Ni tenemos nosotros á la sociedad francesa por la mejor organizada de las sociedades, ni por la más aventajada, á su civilización, ni por el bello ideal de los Gobiernos al Gobierno que la rige. No por cierto. La Francia no ha dejado de ser todavía un ejemplo vivo de grandes enseñanzas, que lejos de servirnos de defensa, debieran serlo de escarmiento inolvidable y severo. Pero una vez presentado el paralelo, nosotros no rehuimos la comparación; antes bien, ella podrá servirnos para corroborar nuestras observaciones. Si tal vez de ellas no sale muy ventajosamente librada la idea que de aquella sociedad se pueda formar, otra tanta mengua y desventaja resultará para nuestros hombres y su sistema de gobierno.

Nosotros hemos examinado ya los sucesos de Francia, y procurado designar el verdadero carácter político de aquellas tentativas de desorden. Hemos hecho observar que muchos los creían hechos sociales, resultados de vicios y perturbaciones independientes de la forma de gobierno, y de los remedios que en poder del gobierno caben. Nosotros sólo los hemos considerado como hechos políticos, como los últimos desmayados suspiros de la lenta agonía de una revolución tan larga, y que ha sido tan brava y poderosa. Pero en ambos casos, en la hipótesis de que fueran una calamidad social, ó en caso de

ser un atentado político, aquellos desórdenes no caen bajo la responsabilidad del poder.

Injustos é ignorantes agresores se muestran los que piden al Gobierno lo que ningún Gobierno puede dar; los miserables que carecen de trabajo y de pan; los pobres que le demandan capitales y propiedad; los viciosos, acaso, que van á reclamar del poder político la felicidad de que sus pasiones y sus costumbres los alejan; ó la salud y bienestar de que sus desórdenes les privan. Injustos é ignorantes; que hasta ahora no han encontrado los hombres la fórmula de un poder que dispense estos bienes, ora sea republicano ó monárquico. Y agresores todavía más declaradamente enemigos, los que corren á las armas, y acuden al asesinato y al regicidio, con el desvariado objeto de reemplazar la dinastía de Julio, la administración del Imperio, y la Carta de la Restauración, con los furores de la Convención y el sangriento poder de la guillotina.

Ora se agiten en nombre de una teoría social, ora en nombre de un sistema político, esos hombres no están en el poder; no han hecho causa común con él jamás. No están en los partidos militantes; no están en el Parlamento; no están en la prensa. Están fuera de las clases inteligentes, fuera de las clases propietarias; hasta fuera de aquellas, que sin ser enteramente acomodadas, alcanzan con asiduo trabajo, y garantidas por el orden público, la seguridad de un tolerable pasar. Son el desecho, la escoria de la Francia. Son bandidos políticos, ó cuando más, los cosacos de aquel inmenso ejército; y social ó políticamente considerado, el Gobierno, apoyado en todas las fuerzas de aquella Nación poderosa, los rechaza sin miramientos, los destruye, extermina y aniquila, fiel á

sus deberes, fiel á su mision, sin hacer traicion, ántes bien rindiendo el debido homenaje á sus principios, á sus antecedentes, á sus empeños.

Empero entre nosotros no hay esas grandes miserias que motivan para con algunos los trastornos; ni ahora se apoyan estos en un pretexto ó en una razon política. Aquí la faccion perturbadora se llama amiga del poder de Setiembre, y en el poder influye, en el poder está; es la misma á quien el poder debe su vida. Ella tiene las armas, tiene periódicos, tiene Diputados, y Autoridades, y Generales, y Magistrados, y Ayuntamientos. Lo tiene todo, y todo el poder; y sin embargo, al poder ataca, y deshacerse de esos tristes restos de poder pretende.

El poder que está en sus manos, está sin defensa. El poder que de ella se compone y se ayuda, no tiene medio alguno de resistir. No le tiene en sus principios, que son los mismos que esa faccion invoca. No le tiene en el apoyo de clases influyentes á quienes ha tratado como enemigas, de clases inteligentes cuyas opiniones ha perseguido con inquisitorial tiranía. No le tiene en el pueblo, inerte é indiferente ante las excitaciones políticas, y no dado, como el francés, al entusiasmo de las novedades. Está solo, solo con los suyos; y los suyos son los que le hostilizan, como tripulacion que se desmanda y subleva. No tiene medios ni términos hábiles para resistir. Sólo le queda ceder, empujado por los perturbadores, darles la razon, adelantarse á su violencia, y llamarla justicia. Si resistiera, su resistencia sería la muerte.

No se dá en Francia el caso de una situacion tan falsa para el poder. En Francia,—es verdad,—no se han concluido todos los malos gérmenes, que dejaron depositados en las entrañas del cuerpo social tantos años de revolu-

cion y de guerra. Allí las antiguas luchas de los partidos han dejado todavía tras sí la funesta huella de las sociedades secretas, tan fatales al reposo y seguridad de los Gobiernos. Pero estas sociedades no encierran ahora en su seno ningun hombre público importante, ninguna especialidad notable de partido, ningun carácter, ninguna inteligencia de porvenir y de esperanzas. Las sociedades secretas de alguna capacidad y valía perecieron para siempre en 1834 y 35 con las últimas malogradas tentativas, un poco graves, de la faccion republicana, viva todavía entónces y pujante. Ahora no dan cabida sinó á lo más abyecto, á lo más embrutecido, á lo más despreciable de la sociedad.

El Gobierno no las reconoce, no las contempla, ni las considera. Pero tampoco se cruza de brazos ante sus esfuerzos, ni deja avanzar tranquilo por subterráneos caminos á esas nuevas hordas de bárbaros del siglo XIX, que se vienen sobre la civilizacion europea, no de las orillas del Danubio ó de las riberas del Báltico, sinó de los cuarteles y arrabales de los mismos emporios de esa civilizacion. Allí el Gobierno comprende su taréa, comprende la mision tutelar y protectora, que sobre la amenazada sociedad le corresponde; y por cumplirla se afana y se desvive. Allí la autoridad no descende á una humillante polémica con los facciosos. El poder allí combate; no discute. Sus artículos comunicados son los que deben ser cuando fuera del campo de la ley se vé atacado. El arma en tales casos,—no titubeamos en decirlo,—no es la prensa; es el cañon.

Pero cuando hemos dicho que la posicion del Gobierno francés, arrostrando los ataques de la anarquía, no era falsa, no hemos querido decir que era fácil. Estamos

muy léjos de creerlo ni de pensarlo. Despreciables son allí los facciosos, habida consideracion á lo absurdo é irrealizable de sus planes, y aun á su fuerza numérica; pero son audaces, son fanáticos, están vigorosamente organizados. Los ligan juramentos terribles, y cuando cae sobre alguno de ellos la suerte de cometer un gran crimen, se resigna á ella, y se inmola fatídicamente á los riesgos del patíbulo que le espera. Allí, una civilizacion más general y adelantada, produce al mismo tiempo, en derredor de sí, una clase más numerosa de menesterosos y desvalidos proletarios, á quienes aquejan, tanto más punzantes, las privaciones y la miseria, cuanto que, rodeados diariamente del espectáculo de los goces materiales de la vida, en un grado de refinamiento, para nosotros desconocido, se ven martirizados sin cesar con la sed rabiosa de Tántalo y con los tormentos de Sísifo. Allí, esas mismas necesidades, se combinan con grandes pasiones, y con errores más grandes todavía; pasiones excitadas y encendidas por la lejana memoria, por el ejemplo reciente de sucesos terribles, de sangrientas catástrofes, de luchas colosales, humeantes hoy todavía.

Allí, por último, en muchas partes, huele á sangre el suelo y á pólvora el aire; y este olor enfurece y embriaga á algunos de aquellos hombres-fieras, de aquellos restos de la generacion de 93, de aquellos mónstruos amantados á los pechos de la guillotina, por cuyas venas discurre, comprimida, la sangre volcánica de Danton y de Marat. Ahora no hay campos de batalla, á donde conducir aquellas almas ardientes; no hay Moscow, no hay Marengos, no hay Beresinas, donde puedan morir como héroes, los que en la paz no pueden ser sinó malvados. Allí el Gobierno lucha; lucha con fuerza, porque

fuerzas tiene, sin duda, el enemigo con quien se las há. Pero tambien el Gobierno las tiene gigantescas y atléticas; porque allí se comprende que gobernar no es escribir, no es perorar, no es, sobre todo, ceder, y transigir, y esperar. Allí, gobernar es hacer, es obrar, es prever, es trabajar; y trabajar mucho, muchísimo, incesantemente, con perseverancia, con fé, con conciencia, con valor, con inteligencia, con capacidad; y todo esto no basta todavía para desempeñar la más difícil taréa, que existe en aquella tierra de afanes y sudores.

No se necesitarían entre nosotros tantos esfuerzos para que un Gobierno llevara á cabo su taréa de resistencia y su trabajo de organizacion. Poco sería preciso que en España gastase el poder en conservarse y vivir, y á fin de que le quedaran sus fuerzas íntegras y robustas para obrar. Aquí la anarquía no está en las masas, no; no está en el pueblo. Aquí el pueblo, más cuerdo y de más felices instintos, no aumenta las penalidades de su padecer con el estéril trabajo de discutir, con el ánsia inquieta de rebelarse. Á veces su inercia le inclina á no obedecer; pero jamás le ocurre espontáneamente la idéa, ni le acosa la necesidad de resistir. Para él, el poder supremo es el Destino: á él se sujeta siempre, como se sujeta al cielo, sin que por esta natural sumision se sienta esclavo ni deje de considerarse libre. Aquí nadie se ha dado á creer todavía que el Gobierno puede curar las dolencias sociales, y que con una forma política, más bien que con otra, puede lograrse que dé el trigo dos espigas en vez de una, ó que crien los corderos un vellon de doble peso. Aquí hay, sin duda, más atraso de civilizacion, pero ménos extravío en las idéas.

El valor magnánimo, la bravura individual española,

no se presta á las abstracciones políticas, ni se paga de nombres que no representan sentimientos ni creencias. Todas nuestras guerras civiles han estado ligadas á intereses y á nombres de personas. Á veces se ha hecho la guerra por la guerra misma, porque es la guerra para muchos, placer ó profesion; no por política. Aquí no hay valor ni fanatismo político. Nuestros fautores de anarquía no tienen el heroísmo del crimen. Todas sus tentativas llevan el sello de la perplejidad y de la cobardía. Nunca acometen con riesgo; nunca atacan sinó envalentonados con la impunidad; nunca se han lanzado al combate, sinó cuando han tenido indefectiblemente asegurada la victoria; nunca, sinó cuando han contado con la no resistencia, ó cuando han tenido de su parte la fuerza.

Por eso los desórdenes son fáciles de atajar todavía. Por eso no pueden existir sinó consentidos. Por eso desaparecen y desaparecerían como el humo, delante de un Gobierno fuerte. Pero otro tanto son á nuestros ojos deplorables y peligrosos, por lo mismo que de la existencia del Gobierno reciben la suya; por lo mismo que el único poder que pudiera ampararnos y defendernos, se vé en la imposibilidad de resistirles. Esta circunstancia los hace más deplorables, y constituye el horror de esa situacion espantosa en que corre despeñada la sociedad á un abismo, á un abismo sin fondo abajo, sin resguardo y sin antemural arriba. Á este fatal destino no nos resignamos, como tal vez nos resignaríamos si la anarquía fuera una planta indígena entre nosotros; si fuera un resultado necesario é irresistible de nuestras circunstancias sociales, ó de nuestras instituciones. Pero, no; no lo es, en manera alguna. Es un árbol exótico, y á la fuerza transplantado, el que nos amenaza con su sombra de

muerte. Es una situacion facticia, á que quieren los dominadores progresistas acostumbrarnos como á un estado normal.

La anarquía no es natural en nuestra sociedad; es impuesta; é imponer la anarquía, es,—para nuestra manera de ver,—un hecho horrible y sin ejemplo. Nosotros preferiríamos que se nos impusiera el poder, que se nos impusiera la dominacion. Sí: temeríamos ménos eso, por horrible que sea un poder tiránico, si de la anarquía nos libertara.—Pero ni ese consuelo desesperado nos queda!

La anarquía no tiene remedio: la anarquía cunde y progresa, y se engrandece, y nos inunda, sin dique y sin resistencia, no porque en la sociedad exista, sinó porque el poder, débil, y desautorizado, y sometido, é impotente, es la anarquía misma.

ÇA IRA. ¹

Vosotros todavía, vosotros mismos, hombres del poder, ó en el poder influyentes; vosotros, ancianos y príncipes de los sacerdotes del liberalismo, vosotros debeis acordaros de haber oído en vuestra adolescencia, ó en vuestra niñez, cuando ménos, un espantoso cantar, que tenía por estribillo las palabras que estampamos al frente de este artículo.

¡Os acordais?... ¡Os acordais de aquel canto de sangre, de aquel himno de matanza, de aquel ahullido de fieras, en que prorrumpía sin cesar, en su vértigo de destrucción, y en su embriaguez de sangre humana, una generación de verdugos, que se agitaba entónces del otro lado del Pirinéo? Al compás de esa voz terrible, París había visto los reverberos de sus calles convertidos en otros tantos patíbulos: alumbrado que la revolución inventaba. Ese grito espantoso había precedido á las matanzas de Setiembre, á los asesinatos de Versalles. Al son de aquella música infernal habían entrado sedientos de sangre los marseleses en la capital, donde años despues habían de penetrar los cosacos. Con aquella voz de combate la plebe de los arrabales había acometido al Palacio de los Reyes de Francia, arrancado de la mansion de sus

¹ De *El Conservador*, número 17.

abuelos á un Monarca más bondadoso y popular que ninguno de aquellos populares inmundos corifeos, de aquellos inicuos magistrados, y había paseado en la punta de sus picas la hermosa cabeza de una jóven princesa.

Al compás de aquel himno habían marchado al patíbulo Luis XVI y María Antonieta, y Bailly, y Malesherbes, y Carlota Corday, y Madama Rolland, y Vergniaud, y Guadet, y Lavoisier, ¡y diez y ocho mil víctimas en un año! Ese cantar habían escuchado, como funeral responso, las treinta mil personas fusiladas, ó ahogadas en Nantes por Carrier, y las otras treinta mil ametralladas, ó decapitadas en Lyon por Collot y Saint-Just. Cuando en los días solemnes, el procónsul Lebon hacía colocar una orquesta al pié de la guillotina, era aquel canto el que recreaba los oídos del pueblo, y el que el pueblo entonaba en coro.

¡Oh, sí! vosotros debíais oírle: su eco sin duda salvaba los Pirinéos: los millares de infelices que venían buscando á nuestro suelo un asilo hospitalario, debían traerle zumbando en sus oídos. Sonaba muy alto, muy agudo; más alto que la nobleza, más alto que el Trono, más alto que las eminencias revolucionarias, más que las arengas de Robespierre, más que la voz de trueno del formidable Danton, en cuyos postreros instantes sonó también. Vosotros debeis de acordaros. La Europa estremecida se acuerda todavía, se acordará mucho tiempo!... La memoria de los hombres ha escrito en una página negra esas palabras, que tienen ya un terrible significado histórico.

Sin embargo, era bien sencilla su primitiva y genuina significación. Sin embargo, cuando se cantaban al principio de la revolución, su sentido era inocente, y los hombres cándidos é inexpertos no veían en ellas ningun-

na alusion de peligro, ningun síntoma de alarma. Escuchábanse sin recelo en las calamidades públicas; el Rey las oyó, sin estremecerse acaso, el día de la confederacion. Eran un *trágala inocente* y patriótico. Nada querían decir, sinó que aquello marchaba; que aquello marcharía; que aquello era el principio; que aquello no se detendría; que seguiría su curso; que se querían, como se dice aquí, *todas sus consecuencias*; que tras de 89 vendría 93; tras del Consulado, el Imperio, y despues del terror, el despotismo; *ça ira*, lo que quería decir, la traduccion más natural de estas palabras, — no os asusteis, os la daremos; — *ça ira*, significaba..... progreso!

Por eso las recordamos, hombres que estais al frente de la Nacion; hombres que debíais ver mejor que nosotros, desde vuestra altura, la tempestad que vá cargando sobre nuestras cabezas, sobre las de todos, sobre las vuestras tambien! Por eso os las recordamos; por eso os las repetimos; porque las escuchamos, porque las sentimos zumbar en nuestros oidos, porque hace tiempo que las estamos oyendo, y que vosotros no quereis escucharlas; porque el eco de esa fatal palabra de la revolucion, que vosotros mismos habeis repetido y aclamado, vá desenvolviéndose en un trueno espantoso; porque esa palabra, que como contraseña de vuestro partido, significó para nosotros revolucion y anarquía, dentro de poco puede significar desolacion y exterminio. Porque la voz progreso, que escribísteis en vuestra bandera, está ya gastada; ya no es bastante, porque los que poco hace clamaban progreso, ahora ya le desdeñan, ya cantan: *ça ira*.

Sí; esto marcha; esto marcha á pasos precipitados, á pasos de gigante. Esto marchará; la revolucion marcha; la revolucion sigue, no se detiene, no la deteneis, no po-

deis detenerla. Esto marcha; el Estado, á su ruina; el Trono, á su pérdida; la sociedad á su disolucion completa; vosotros, al precipicio; nosotros y todos, al abismo, de donde salen llamándoos y llamándonos esas palabras fatales; esas palabras, que nosotros tambien con dolor y con verdad, con amargura y desconsuelo repetimos: *ça ira!*....

Vosotros os reís, acaso, de ellas todavía, y más, tal vez, de lo que llamaréis, de lo que habeis llamado constantemente nuestras apasionadas declamaciones. Sin embargo, estas declamaciones se han convertido ya en profecías. Todas ellas se van cumpliendo tristemente; y se cumplirán tambien las que ahora os dirigimos, por más que nuestros sinceros deséos se hallen harto distantes de nuestros justos y graves temores. Vosotros os reís de nosotros: bien!... volved atrás los ojos, y ved á la revolucion complacida, que más ya de vosotros que de nosotros se rie. — Á nosotros nos detesta; de vosotros se burla. Nosotros la queríamos combatir; vosotros la dejais avanzar; vosotros creísteis que la podíais contener. — ¿Lo creéis todavía? ¿Será posible que lo creais?

No: no la veis, no. Vemos que no la veis; vemos vuestra ceguedad. Vemos que solamente á nosotros, — adversarios, — nos teneis por enemigos. Vemos todavía que os complace la desbocada carrera del bruto que creéis llevar enfrenado. Sólo nuestras voces de aviso, nuestros ayes de temor y susto teneis por voces enemigas, por gritos de faccion, ó por alaridos de despecho. Y entretanto, seguís, y seguís..... suelta la rienda, en el disparado galope! Os parece que nos quejamos, porque nos habeis atropellado; y vosotros correis á estrellaros.

Decís todavía que no hay temor; que nuestro miedo es ridículo; que la sociedad no se desorganiza; que el

poder en vuestras manos se robustece, que el Gobierno se consolida; que el Trono se asegura; que la Constitucion se afianza; que el orden reina, y la ley impera, y la autoridad se acata. La Nacion entera os responda; y si no quereis oir su voz, escuchad la de vuestro propio partido. Consultadle, interrogadle sinceramente, á solas, en secreto, á ese partido, que se os conserva todavía leal y adicto.

Preguntad á vuestros más cuerdos amigos por la situacion de los pueblos y de las provincias. Ellos os responderán que no se puede vivir; que la seguridad de todas las clases vá faltando, y que sobre todas pesa un vago terror, una secreta alarma, un recelo pavoroso, como de una gran calamidad, de una catástrofe próxima á suceder. Ellos os dirán lo que es la ley en esos millares de pueblos, donde sus ejecutores están diariamente expuestos al puñal asesino, cuando no quieren ser cómplices del crimen; lo que es la autoridad en un país sujeto á la caprichosa tiranía de ese feudalismo patriótico, asentado sobre todos los pueblos. Ellos os pintarán la vida de los pacíficos ciudadanos amenazada como nunca, por el asesinato y el crimen; la propiedad próxima á ser invadida por las imponentes masas, que empiezan á asomarse con el fuego de la codicia en los ojos, el hambre en los dientes, y la palabra *repartimiento* en los lábios.

Ellos os dirán cómo los capitalistas emigran, y los capitales se esconden, y la industria cesa, y el ocio y la miseria aparecen en esas ciudades,—no há mucho florecientes y opulentas!—donde se ha permitido á los trabajadores asociarse en conspiraciones de expoliacion; donde, bajo pretextos políticos, se ha llamado juntas, á lo que nuestros padres y las leyes llamaban gavillas. Ellos os describi-

rán, reflejados en hechos horribles, el desorden de las ideas, y la agitacion anárquica de los espíritus; porque habrán presenciado crímenes, hasta ahora entre nosotros desconocidos; se habrán aterrado con esos casos tan frecuentes y tan repetidos de incesto, de parricidio, de espantosos alevos asesinatos; ellos habrán visto cómo el suicidio se hace ya popular.

Ellos os explicarán cómo los hombres de bien de todas las opiniones y matices, se retiran y aíslan en el fondo de sus hogares, buscando allí el último asilo de la seguridad, que en público no encuentran. Y en tanto, que os digan cómo administran los negocios públicos esas autoridades que habeis puesto, esos miles de agentes oscuros é inmorales, que habeis evocado del seno de los pronunciamientos; qué tranquilidad procuran y conservan esas turbulentas milicias que habeis dejado en el seno de la anarquía. Que os ponderen la paternal administracion, la rectitud y el celo de esas corporaciones que aclamásteis soberanas, que dejásteis independientes. Que os refieran el resultado de esas elecciones populares que habeis querido conservar como paladion inviolable; que os digan los nombres, condicion y virtudes de los que van apoderándose del gobierno y administracion, de la direccion moral y política y de los intereses de los pueblos. Que os pinten esas últimas luchas, esas últimas elecciones, esos recientes síntomas de una nueva inundacion popular, que se viene encima.

Los veréis consternados, los veréis pálidos; los veréis que sienten bajo sus piés estremecido el suelo con la sacudida del terremoto que empieza. Y os conjurarán que pongais remedio, y os pedirán fuerza, y represion y Gobierno. Y os dirán que todo eso nada es todavía en com-

paracion de lo que temen, de lo que vendrá. Os dirán que el desórden se ha hecho endémico; que la revolucion empieza á dar sus frutos: que el presente es triste, pero que el porvenir es espantoso. Que el torrente que comienza á desbordarse, no se sabe á dónde llegará con sus riberas, porque su rugido, el rugido de esas voces que le forman, dice que están al principio todavía, que quieren más, que van, que marchan, que siguen adelante. Y que ese más, que ese adelante, ese progreso, ese *ca ira*, es el caos, es el hundimiento de la sociedad!...

Vosotros, empero, en la impotencia de remediar esos males, y de poner dique al torrente que habeis soltado, no hallaréis otro medio de conjurar esos peligros, que el de tenerlos por visiones y quimeras. Procuraréis acaso acallar esos terrores. Los tendréis por sustos de niños, os reiréis de esos fantasmas que se aparecen á los ánimos apocados, y que vosotros no veis en esa altura, donde sólo os veis á vosotros, tranquilos y dominadores.

Les diréis que han dejado intimidarse por nuestras voces, y dado crédito con harta candidez á nuestros exagerados avisos. Esto les diréis, y esto les decís. Incapaces de contrarestar la revolucion, os poneis á disculparla, á hacerla amable, á disminuir sus proporciones, á atenuar sus fuerzas y á declararla tan impotente como os sentís vosotros. «La revolucion, decís, ha llegado al punto á donde puede llegar. Ya no pasará de aquí: no pasará de donde nosotros no pasamos, de donde queremos fijarla. La revolucion se deja gobernar por nuestra voluntad y regularizarse por nuestras leyes. Esos horrores, esas escenas de sangre, esa tormenta de crímenes, ese entronizamiento de la ínfima plebe, y esa subversion de todas las clases, son hechos que no pueden reproducirse en este siglo, ni

en este pueblo. El pueblo español no puede llegar á eso, no puede consentir en eso. Nosotros no queremos que suceda: no lo hemos querido nunca: no lo consentiríamos: no sucederá, no puede suceder.»

Os engañais, si tal creéis. Fuerza es decirlo. Acaso nosotros lo pudimos tambien creer un dia: nos engañábamos, y os engañais vosotros torpe y obcecadamente. ¿No pueden suceder entre nosotros esos horrores? ¿No pueden reproducirse esas espantosas escenas, que en otros pueblos han aterrado al mundo, en el seno del pueblo español? Si el pueblo las cometiera, no sucederían, no; no las hace el pueblo; pero el pueblo, que está sujeto en todas partes á la tiranía de una docena de audaces, está en la posesion de execrarlas, pero tambien en la de consentirlas. ¿Qué no puede suceder aquí!— Aquí puede suceder todo: aquí, donde todo es glorioso é impune, ménos la virtud.

Recordad lo que hemos visto: figuraos lo que podemos ver. Repasad los espectáculos de sangre, que se han ofrecido á nuestros ojos durante la guerra: entre nosotros sucedieron. Los padres han fusilado á sus hijos; los hermanos han luchado con los hermanos; las madres han ido al suplicio por el crimen de ser madres; mujeres indefensas, niños tiernos, ancianos respetables, moradores sencillos y pacíficos de los campos han sido sacrificados en espantosas represalias, ó en vandálicos saqueos. Cuando plugo á una soldadesca ébria asesinar á Generales beneméritos, Generales cubiertos de antiguas y gloriosas cicatrices fueron despedazados. Cuando un centenar de séides de sociedades secretas dispuso la muerte de autoridades respetables, su sangre corrió en medio del consternado pueblo. Se tocó á incendiar conventos y á acu-

chillar á religiosos indefensos, y nuestros ojos han visto poco há las manchas de esa sangre no borrada. Se levantaron en cada capital personas intrusas, que sin autoridad ni mision empezaron por deponer de los cargos que ejercían, á los mismos funcionarios que asistían al lado de la Reina; y desposeidos quedaron. Se quiso derrocar á aquella misma Señora, que tantos beneficios y tantas mercedes había dispensado á sus enemigos; y ese hecho se consumó.

Ahora mismo, juntas ilegales se levantaron de nuevo á disponer de la hacienda y de la vida de los ciudadanos; y sus mandatos cumplido efecto tuvieron. La hez del populacho pidió en Valencia la entrega y fusilamiento de reos no sentenciados, y suplicio se llamó á tan inicuo asesinato. Por último, una docena de personas osaron erigirse en tiranos de Barcelona. Decretaron la demolicion de la fortaleza de Felipe V, la exaccion de sumas inmensas á ciudadanos pacíficos é inocentes; mandaron encerrar en estrechos calabozos á inofensivas personas de todo sexo, edad y condicion. ¡Ninguno de estos, ninguno de otros infinitos horrores que omitimos, era posible entre nosotros, era posible en España!.... Y sin embargo, decimos con Calderon: «¡Vive Dios que pudo ser!»

Y podrá ser más todavía. Todo se sufrió; todo se sufrirá. Como ha podido hacerse eso,—que sin duda os parece poco,—se hará más. El dia en que se establezcan juntas para cortar cabezas, y para repartir propiedades, como se establecieron para imponer destierros y repartir empléos, verémos lo uno, como hemos presenciado lo otro. De todo está dado ya el ejemplo, de todo está hecho ya el ensayo. Se repetirá: ese dia vendrá: ese dia es la terrible pesadilla de la Nacion entera. Pero no es pe-

sadilla; será una realidad espantosa. Porque es una necesidad fatal; porque es el progreso de la situacion, el irresistible empuje del movimiento que habeis suscitado, y que os ha de hundir. ¡Oh! ¡no creais, no digais, que no puede ser! No adormezcais á la sociedad en brazos de ese imbécil fatalismo, contra el cual,—mal que nos pese,—se revelan tantos testimonios de horror. Si la revolucion os ha parecido hasta ahora blanda y suave, porque no ha pasado sobre vuestras cabezas, veréis cuando os alcance qué dura ha sido ya para las muchas víctimas que ha estrujado bajo sus ruedas. Si hasta ahora habeis visto la revolucion de fango, aguardad un momento:—*ca ira*.—De fango será tambien..... pero de fango de sangre!

¿Y qué? ¿Es por ventura con sangre sola y con carnicería, y con patíbulos, con lo que una Nacion se degrada, y una sociedad se desmorona? Aunque sea cierto que las terribles escenas á que aludimos, no puedan repetirse de una misma manera en la vida de un pueblo, ni de dos pueblos distintos, ¿no hay sociedades, que sin desangrarse apuñaladas, se gangrenan corrompidas, y desaparecen, como malditas de un anatema del Cielo?

¿Qué! Cuando en una antigua monarquía el Trono se hunde, y las aristocracias se nivelan, y el génio se ahoga, y la riqueza falta, y la propiedad se destruye, y la virtud se esconde, y la Religion se acaba, y la ley es la fuerza, y el Gobierno el terror; ¿creéis que eso no es la muerte, aunque esa muerte no sea con guillotinas y puñales?

¡Oh! no: una revolucion crónica y lánguida puede tener síntomas más repugnantes y fases más deformes que una revolucion aguda. Puede haber aún en la una, salvacion; en la lenta y dolorosa agonía de la otra, ninguna espe-

ranza queda. Un pueblo de mendigos é idiotas, una abyecta behetría de improvisados demócratas, no valdría más que una Nacion de asesinos.

Atrevéos á elegir, entre estas dos situaciones, el terrible porvenir que nos espera. Nosotros lo esperamos, lo tememos; le vemos venir. ¡Ah! no con nuestros deséos, no. Nosotros nos volvemos por donde quiera, buscando con nuestros ojos ansiosos un claro á ese horizonte de tempestad, un pararrayos de salvacion contra esa nube cargada y ardiente, que vá á llover fuego y piedra sobre nuestras cabezas.—No se nos presenta por ninguna parte. En una sola podía estar, y no está allí. Clavamos nuestros ojos en el poder, donde debiera estar la resistencia; y el poder se mueve delante del huracan. Cuando la tempestad llegue, cuando la nube descargue, el poder habrá pasado. Vosotros tambien os habréis ido!

En vano quisiéramos daros fuerza; en vano!.... porque ni la teneis, ni la podeis recibir. La que á nosotros nos habeis quitado, vosotros no la habeis adquirido. La habeis quemado en impuro holocausto á ese ídolo de la revolucion, siempre hambriento, y que con nada se satisface. Vosotros, pues, no la teneis, y la nuestra, la de nuestros principios, no puede ser sinó la de nuestros hombres, la de nuestra accion, la de nuestros esfuerzos. Vosotros habeis querido destruir todo eso. No serémos nosotros quienes digamos que lo habeis conseguido; pero no podeis ser vosotros los que en el dia del peligro, porque no os ayudemos á lo que no podeis hacer, tengais derecho á decirnos que os hemos abandonado. No: aquel dia, cumplid vuestro destino!

Abrazaos con la revolucion, vuestros amores por tanto tiempo. Dejad que os ahogue en sus brazos. Y dejadnos

á nosotros con ella, que aunque no blasonemos de vencer, estamos seguros de luchar, y de ser más fuertes, solos con nuestras armas, y al pié de nuestros estandartes, que tomando las vuestras, y á la sombra de vuestras banderas.

Ahora, empero, en la impotencia á que nosotros, como á vosotros, nos habeis reducido, sólo nos quedan ojos para ver lo que no podemos huir; la triste voz de Casandra, para predecir lo que no podemos evitar. Somos ahora como aquel hombre de Jerusalem, que ántes de su destruccion por Tito, corria las calles gritando con desesperacion profética: «¡Ay! ¡Ay de la ciudad! ¡Ay del templo! ¡Ay del pueblo!.... ¡Ay de mí!»